

que con tanta abundancia le produce el grano, cuyas pajas me presenta.

¡Ay! Cuando me envejezco en su servicio, ¿de qué suerte corona mi carrera?

Después de maniatarme, á sangre fría, me da el golpe fatal: no le penetran los gritos y clamores repetidos que mis útiles obras le recuerdan.

Mira sin conmoción correr la sangre, y se sirven mis carnes en su mesa sin horror, como vianda delicada.

Y pues ésto del hombre te da idea, toma este rumbo y apresura el paso, que yo debo tomar la parte opuesta, porque si tú deseas encontrarle, yo apetezco y procuro no me vea.

La fiera rencorosa estas palabras escuchó con asombro, y no sospecha que acaso el buey sería uno de los criados que hablan mal de sus amos y exageran lo bien que sirven, y lo poco ó nada que por ser fieles y oficiosos medran.

Es su enemigo el hombre, y esto basta para creer las calumnias más groseras: pues así le parece justifica el odio que en su pecho reconcentra.

Mas el taimado señaló aquel rumbo deseoso de acabar la conferencia, y así le hizo vagar toda la noche, sin hallar cosa que á hombre se parezca.

La aurora, en cuyos labios como rosas una sonrisa tímida se expresa, escucha las pintadasavecillas

que con dulces gorjeos la celebran; en tanto, el león descubre otro viviente, que al buey en la estatura se asemeja.

A él dirige su marcha acelerado, con tono insultante, así que llega, —¡Eh! ¿Tú eres el vil hombre?—le pregunta. Pero aquel animal, que airoso muestra gallarda petulancia, noble orgullo, no le da tan de pronto la respuesta.

Primero atentamente lo examina; en los pies se recarga; ambas orejas hacia él dirige y le responde:

—Del hombre, á quien se rinde mi soberbia, criado soy, que con placer le sirvo, tomando como mías sus empresas.

En sus largas jornadas lo conduzco puesto sobre mi lomo: con la espuela

me bate los ijares, y yo entonces, corriendo más veloz que una centella, alcanzo á los rebeldes fugitivos que no quieren estar á su obediencia.

Si es demasiado mi fogoso empeño, con el freno al instante lo modera, y con el mismo freno me prescribe el paso en que he de andar y por qué senda.

¡Qué peligros arrostro por servirle! Cuando el clarín y los timbales suenan, erizada la crin, hiriendo el suelo, como sensible á la gloriosa empresa, lejos de amedrentarme los horrores, á mi señor advierto la impaciencia con que deseo entrar con él en parte de los riesgos y afanes de la guerra.

Suena entonces de lejos un relincho, y el caballo al oírlo, —Aunque quisiera, seguir hablando, dijo, me precisa ir adonde me llaman con urgencia.

Luego, volviendo las torneadas ancas, con tal ímpetu emprende la carrera, que á la fiera en los ojos encendidos con las patas arroja las arenas.

Al león, no el dolor, sino el insulto, le es insufrible: de la acción violenta jura vengarse, y para hacerlo pronto, frota los ojos con las manos vueltas.

Más después que los abre, el veloz potro ya no parece en la llanura inmensa.

Sigue, no obstante, por el mismo rumbo, creyendo que se oculta en las hileras de unos frondosos árboles que mira; más pierde la esperanza cuando llega al sitio majestuoso consagrado al genio reflexivo. Las Napeas, con el dedo en los labios, á los Faunos, que avanzan por mirarlas más de cerca, silencio imponen, y las blandas alas Céfiro con sorpresa mueve apenas.

Duerme la Ninfa de una clara fuente, que deja ver su reluciente arena: después copia los sauces de la orilla, y más en lo profundo representa la perspectiva augusta de los cielos por la parte oriental, que Febo incendia.

¡Qué hermoso carmesí! ¡Qué franjas de oro! La avenida de luz por allá deja sobre un hermoso fondo azul celeste un jaspeado, color de madre perla.